

870
Z



PA 139
268
x1

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la Ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Comp. de Impresores y Libreros, San Bernardo, 92.
Teléfono 3.074.

ESTUDIOS LITERARIOS

LA MORAL EN LA LITERATURA

I

El periódico *Gil Blas*, que desde su fundación había tratado de abrirse camino á través de infinitas dificultades, obtuvo de repente un éxito colosal dedicándose á las historias picantes.

Esto no es nuevo ni raro.

Empezó por tanteear el gusto público en todos sentidos, y siguiendo esta táctica, se permitió un día alguna de las libertades que en otro tiempo determinaron el éxito de *La Vie parisienne*. El sabroso manjar fué del agrado de los lectores, y desde entonces se les ha dado hasta la saciedad sin escrúpulo alguno. Naturalmente, aparte de la indignación verdadera que el hecho pudo producir, los demás

periódicos no vieron el éxito con buenos ojos. La mayor parte, especialmente los que se han dado hace poco á luz á costa de grandes esfuerzos, y los que tienen necesidad de entretener á sus lectores con nuevas inventivas cada día, han hecho alarde de repugnancia extrema. Otros, más sagaces, han seguido las huellas del *Gil Blas*, mas sin dejar por eso de poner el grito en el cielo. De este modo hemos visto pulular las historietas de color subido, y los grabados del mismo género en medio de una indignación tan ruidosa como poco sincera. Momento ha habido, en que París entero parecía presa de extraordinario acceso de virtud.

Diré, ante todo, que el asunto que nos ocupa no habla en pro de la prensa ni del público.

Es indudable que el *Gil Blas* no se fundó con el determinado fin de cultivar el género inmundo, sino que, preocupado por el poco éxito obtenido al principio, fué en seguida adonde creyó que el éxito estaba. De aquí deduzco que los lectores lo han querido tal como es hoy, y por eso creo que los demás diarios deberían hacer un terrible examen de

conciencia, antes de lanzarse á combatirle tan rudamente, y de denunciarle á la justicia como un sarnoso, causa y origen de todo el mal.

Y esto me lleva como de la mano á char una ojeada sobre el modo de ser de la prensa contemporánea.

Soy partidario de ella, porque la creo poderosa palanca de los tiempos modernos; pero es fuerza convenir en que, si es excelente en su difícil tarea de información cotidiana, cuando se trata de sus suscritores es en extremo cobarde. Toda evolución tiene su parte de desastre. ¿Qué periódico se resiste á seguir en sus apetitos á la muchedumbre? Ninguno, porque puede decirse que un periódico está sostenido por las pasiones de un público especial. Las publicaciones á cinco céntimos viven de la necedad de las clases iliteratas, que ansiosas las devoran. Para comprender esto, es necesario haber asistido á la confección de uno de esos periódicos, casi siempre escritos por hombres inteligentes, que ponen toda su habilidad en no parecerlo. Dotados de lo que pudiéramos llamar olfato periodístico, saben descartar los manjares delicados y los que

son excesivamente nutritivos, para poner en su lugar gacetas, zarzuelas y melodramas, y por este método especulan abiertamente con la sensiblería de las porteras, y con la buena fe de los ignorantes que creen instruirse con semejante lectura.

Vienen después los periódicos noticieros, esos papeles del *boulevard* que tienen por base la malsana curiosidad de la época y la necesidad que sentimos de la información inmediata de todo, aun de aquello que nada nos importa. Estos papeles han sido la verdadera escuela de la desorganización pública.

¡Y si pasáramos á examinar el lado financiero!

Nadie ignora que los periódicos que alardean de severos defensores de la moral, están, en su mayoría, vendidos á sociedades de crédito, que, en la tercera ó cuarta plana de aquellos órganos, preparan sus traidoras emboscadas para desbalijar á los lectores incautos que se arriesgan en especulaciones. Tales emboscadas no son sino lazos tendidos más ó menos discretamente, una vez que se ha organizado el robo; intrigas innumerables, mentiras impresas en grandes caracteres y repre-

sentadas por enormes cifras que han de servir para deslumbrar al público. ¡Cuántos negocios imaginarios! ¡Cuántas familias hay arruinadas por haber dado crédito al Boletín financiero de un periódico, cuya primera plana está dedicada entera á defender con altisonantes frases la propiedad y los buenos principios!

Pues ¿y la parte política?

Un periódico no es más que el arma peligrosa de la ambición de un hombre, ó el desvergonzado tráfico de las pasiones de un partido que pone en fila al público á quien adula, y le atraca de cuanto sabe que le es grato. No es otra cosa que la implacable especulación que conduce á las catástrofes, persiguiendo el objetivo, absolutamente egoísta, de hacer fortuna ó de subir al poder.

Ductilidad en todo y por todo cuando se trata del suscriptor; he aquí, en suma, la actitud universal de la prensa. Háblase de la verdad, y seguramente no faltan periodistas convencidos, pero el negocio les arrastra en medio del tumulto de contrarias opiniones.

Soy partidario de la prensa, y no es mi ánimo iniciar su proceso; la prensa podrá, á veces, tomar por mal sendero, pero, sin embar-

go, su tarea es útil y necesaria. Trato únicamente de llegar á una conclusión: puesto que vive de las pasiones del público, puesto que lucra con la ignorancia, la afición al juego y al dinero, y las ambiciones de unos y los robos de otros, hace mal erigiéndose en predicador, cuando un colega se lanza en busca del éxito, acariciando, para conseguirlo, los licenciosos gustos del público. Al fin y á la postre esto es una especialidad como otra cualquiera, y me parece menos peligrosa que la financiera, que despoja á las gentes, y la política, que escamotea provincias.

Téngase en cuenta que un periódico como el *Gil Blas*, es conocido y no engaña á nadie; sus lectores saben de antemano lo que han de hallar en él, mientras el rompecabezas económico y político ofrece siempre una engañifa en que pueden lanzarse á ciegas las gentes de buena fe. Y sobre todo, seamos francos: ¿se va á hundir la sociedad porque un periódico se dedique á publicar los cuentos de Boccaccio y de Brantôme? Si están bien escritos, no pasarán de ser agradables; si no lo están, basta el silencio para hacer justicia.

Nuestros padres tenían la manga más ancha.

¿No es asombrosa esta repentina campaña contra lo que á boca llena se ha dado en llamar obscenidad? ¿Dónde está ésta? Yo veo, por el contrario, una falsa virtud, un falso pudor que nos aniquilan. En este período del siglo; en el punto á que la evolución científica ha llegado; cuando agentes poderosos influyen para transformar á los pueblos, emprenderla contra un pobre periodiquín, y declarar á voces que sus picantes historietas nos ponen en peligro, paréceme tan ridículo, tan imbécil, como la voz de alarma que diera el maquinista de un tren creyendo en inminente riesgo su convoy porque una pulga saltaba en la locomotora.

Sí, morimos de gazmoñería.

Una nación, como una mujer, pasa por el inocente impudor de la infancia y la reserva de la juventud, para llegar luego á la hipócrita austeridad de la edad madura. Repasemos la historia de nuestras costumbres y de nuestra literatura, y en ésta y en aquéllas hallaremos clara y distintamente marcadas las tres edades. No me detendré á examinar las costumbres. El fondo vicioso existe siempre, porque está en la naturaleza humana; pero se

observa que, según las épocas, hay más ó menos franqueza en la satisfacción de las necesidades naturales. Nuestros padres no buscaban tanto la penumbra, y su ruda franqueza era alegre y bonachona, ó por lo menos tal nos parece hoy, porque una larga educación de pudor nos ha aquilatado. Por otra parte, quiero detenerme especialmente en la literatura, porque ésta es la expresión gráfica de las costumbres.

En los siglos xv y xvi el escritor podía escoger libremente un punto cualquiera y desenvolverlo sin la menor cortapisa.

En los escritos de aquella época hallamos una riqueza de lenguaje que nada vela y da á cada cosa su nombre, llegando á punto tal, que hoy sería imposible citar ciertas páginas de los autores más en boga entonces. Pero en las obras dramáticas es donde se hallan los más característicos ejemplos de esta libertad. Nadie ignora el cuidado con que hoy se evitan en el teatro las frases equívocas que pueden originar una silba; pues hace tres siglos todas las licencias se toleraban en la comedia, y se abusaba de las escenas amorosas, sin andarse por las ramas, en términos ni en actos.

Aquello era, repitiendo el símil, el inocente impudor de la infancia en una sociedad naciente. El siglo de Luis XIV trajo consigo la reserva de la juventud; pues si bien Molière deslizó en sus escritos verdades y licencias que hoy nos llaman la atención, la libertad no pasó de la frase, y aun la frase misma fué poco frecuente y siempre tolerable en el género cómico. Viene luego el siglo xviii, envolviendo su refinado vicio en la gracia y la elegancia de la frase, y con él la ciencia de decirlo todo en expurgado y estudiado estilo. Con él comienza la hipocresía de la edad madura, y he aquí que llegamos, por último, á la época actual, época de protestantismo, que, como las viejas gazmoñas, exagera el pudor hasta el extremo de ocultar cuidadosamente sus cabellos. Las palabras nos irritan más que los hechos; y como las personas hastiadas de la vida y gangrenadas por la relajación de las costumbres, vemos una alusión, un ataque personal en cada palabra franca y enérgica. Los borrachos no hablan jamás del vino, ni quieren que de él se haga alusión en su presencia.

Me ha llamado siempre la atención que el

romanticismo, en medio de sus audacias de lenguaje, nunca se haya atrevido á llamar las cosas por su nombre. Si tuvo la pretensión de remontarse el genio nacional, yendó hasta el siglo xvi y pasando por encima del largo período clásico; si quiso buscar en la fuente misma la riqueza y frescura del antiguo lenguaje, ¿por qué se contentó con la hojarasca, con la frase lírica y radiante, con el torrente de imágenes de que han hecho gala los poetas, y no abordó nunca la frase propia, la franqueza y la fuerte sencillez en la expresión? Porque el romanticismo, á pesar de su arrogancia y de su horror declarado á todo lo burgués, no es en el fondo mas que un hijo de nuestros tiempos, y por ende miedoso y pudibundo. Vió al siglo xvi en plena leyenda melodramática, y nos lo presentó en una mascarada, sin que su audacia fuera más allá del vestido, y sin cuidarse de penetrar más adentro, para presentarnos tal cual era aquella libre y varonil infancia de nuestra sociedad. A mi entender, el romanticismo expurgó el siglo xvi para poder presentarlo á las lectoras y espectadoras de 1830; la fantasía dominaba entonces lo bastante para justificar este ataque

á la verdad y energía del lenguaje. Teófilo Gautier, en el famoso prefacio de *Mademoiselle de Maupin*, ha protestado contra la hipocresía literaria; personalmente ha ido hasta el refinamiento en la metáfora y en la perifrasis, sin llegar á reproducir las frases de los antiguos autores. Para realizar este intento, para que un novelista tuviera la osadía de querer dar á nuestra lengua algo de la viril energía de que hoy carece, necesario era esperar que se produjera el movimiento naturalista y diera á los escritores la verdad por base y el método por instrumento.

La educación del pudor sería un estudio interesante. Hemos llegado á colocar el pudor en determinado punto; si este punto no se nombra ó permanece oculto, todo va á pedir de boca, y la moral se ha salvado. Esto recuerda el candor del avestruz, que se cree invisible cuando esconde la cabeza. Nosotros escondemos el sexo: para conseguirlo, basta una hoja de parra, y á veces hasta una oblea. Una vez hecho esto, podemos exhibir lo demás tranquilamente, y mostrar sin rubor las enfermedades de los miembros, las úlceras del pecho y los granos que nos salen en el rostro. Se

miente, se roba y se mata á cara descubierta; mas si alguien osara amar al aire libre, sería *ipso facto*, víctima propiciatoria de la moral ofendida y lapidado sin misericordia. ¿Por qué causa el honor ha llegado á reconcentrarse en un solo punto? ¿Cómo el novelista, que puede impunemente narrar un asesinato con sus más horripilantes detalles, no puede pintar el ayuntamiento de dos esposos sin hacerse blanco de la repugnancia de las personas honradas y de la severidad de la justicia? El asesinato, ¿es quizá menos vergonzoso que el acto de la generación? ¿Es acaso mejor destruir un ser que crearlo? Declaro que no lo entiendo. Téngase en cuenta que los pueblos de la antigüedad paseaban procesionalmente falos, que besaban con devoción. La idea cristiana de la indignidad del cuerpo ha hecho que el sexo sea vergonzoso, atribuyendo á la castidad la perfección moral: el hombre no ha sido creado para reproducir la especie, sino para morir, y pues tal es la suerte de todo lo que existe, la paz y la felicidad sólo pueden hallarse al abandonar este mundo. Semejantes teorías han dado estas generaciones, que tiemblan y se esconden, que todavía se atreven á comer

en público, pero que no se reproducen; que han hecho, en una palabra, de los órganos que han de perpetuar la raza, una vergüenza que no es lícito mentar, aunque de ellos se abuse, hasta el extremo de procurarse la ruina y la muerte.

No trato de filosofar, ni de inquirir si el pudor es un sentimiento natural ó producto de la educación; sólo diré que me admira, y deploro como escritor, que el estudio del sexo, en cuanto se relaciona con las verdades fisiológicas, nos esté prohibido como una obscenidad casi infamante.

Otro hecho que para mí no pasa inadvertido es la creciente influencia del protestantismo en nuestras costumbres, en la política y en la literatura. Los doctrinarios, los dogmáticos y los pudibundos, son siempre protestantes más ó menos declarados; característico ejemplo de una secta que, al nacer, nos hizo dar un paso hacia la verdad y la libertad, convirtiéndose luego en formidable rémora que entorpece nuestra marcha por persistir en su actitud de inmovilidad completa. Los protestantes, aquellos revolucionarios, aquellos liberales de antaño, son hoy los más pertinaces reaccionarios

que conozco; entregados al dogma, y creyendo ser los únicos conocedores de la verdad y del bien, se tapan los oídos y los ojos para no ver ni oír las nuevas soluciones de la ciencia. Tales, por lo demás, la suerte de las religiones. Empiezan por un grito de libertad, y en seguida se obstinan fatalmente en la negación de cuanto puede hacerlas vacilar. Sólo la ciencia va de lo conocido á lo desconocido; sólo la ciencia es bastante fuerte para corregir incessantemente sus errores y enriquecerse con nuevas verdades. El protestantismo, en nuestros tiempos, por lo que respecta á la moral y á la literatura, ha llegado á ser un obstáculo mucho más embarazoso que el catolicismo; podremos entendernos con un católico, pero desafío á un artista á que se entienda con un protestante. Los novelistas que cultivamos el género naturalista, que somos observadores y experimentadores, analizadores y anatomistas, estamos, ante todo y sobre todo, en guerra abierta con el protestantismo; porque nuestras constantes investigaciones alteran los dogmas y los principios, y van más allá de los axiomas de moral. He ahí nuestro enemigo.

Tal es, en resumen, la situación en los actuales momentos.

Nuestro siglo tiene una educación de pudor, que le hace tanto más hipócrita cuanto más se han civilizado sus vicios. Hoy todo se hace pero sería y ocultamente, como cosa vergonzosa. La moral manda que se oculte el sexo, y el sexo se declara infame; de este modo se han creado las conveniencias, el bien parecer, y una policía social que sustituye á la idea de la virtud. El silencio ha hecho esta evolución. Hablar de ciertas cosas ha llegado poco á poco á merecer el calificativo de inconveniencia, así es que sólo es hombre honrado y distinguido el hombre que obra sin hablar; pero el que habla, aunque nada haga, como acontece á ciertos novelistas que yo conozco, se verá tratado de obsceno y de torpe, y arrastrado diariamente en el fango del arroyo. Toléranse á los sabios las verdades, puesto que nadie se ocupa de ellos; pero si un escritor recoge las modernas verdades de la ciencia, y se atreve á utilizarlas para hacer el análisis y la pintura de sus personajes, rompe el contrato de silencio que se ha establecido entre los miembros de nuestra sociedad, altera la idea convencional

de la virtud, y desde el propio instante pasa á la categoría de enemigo público contra quien todo es lícito. Declaro que la situación que se nos crea es intolerable, y me parece que ya es hora de discutir la cuestión de obscenidad en la literatura. ¿A qué se da el nombre de obscenidad? ¿Dónde se la ha de encontrar? Ha llegado el momento de decirlo, pues el percance del *Gil Blas* ha venido á poner la cuestión sobre el tapete, amotinando á los hipócritas, que se han apresurado á enredarlo todo y á emitir los más extraños juicios.

II

Ya hemos visto cómo el *Gil Blas*, tratándose á toda costa de salir adelante con su empresa, ajustándose á la tendencia de la época, lanzó tímidamente sus primeras historietas picantes; y cómo en vista de la favorable acogida que el público les dispensó, no vaciló en ser-

virle siempre, desembozadamente y sin escrúpulo alguno, el sabroso manjar. Hemos visto también que no correspondía al *Gil Blas* la iniciativa de especular con los licenciosos instintos de los lectores, puesto que *La Vie Parisienne*, mucho antes que él, había publicado una serie de artículos bastante libres. Este género de literatura ha sido en Francia bien recibido en todas las épocas, desde los antiguos escritores, desde Rabelais y Brantôme, hasta Crevillon y demás novelistas del siglo XVIII, pasando por La Fontaine; es clásico, desde luego, en el buen sentido de la palabra; forma parte de nuestro carácter, y por lo tanto no podemos desterrarlo.

Nos falta examinar el asunto bajo el punto de vista del talento.

Este, á mi juicio, lo resuelve todo en la literatura.

No sé verdaderamente lo que se llama moralidad ó inmoralidad en materia de escritos; pero distingo sin trabajo al escritor de talento del que no le tiene, y creo que al primero todo le está permitido. Véase la historia, y ella nos dirá que en Francia se le ha permitido todo á Rabelais y en Inglaterra á Shakespeare. Una pá-

gina bien escrita tiene moralidad propia; esta moralidad es la belleza, la vida y la expresión, y sería patente imbecilidad querer doblegarla á las conveniencias sociales y á la virtud de la educación y de la moda. Para mí no hay más obras obscenas que las que están más concebidas y peor escritas.

Mes tras mes he leído el *Gil Blas* con atención, y en él he hallado historietas picantes que he apurado con mucho gusto, porque me han producido esa satisfacción, puramente literaria, que se experimenta leyendo los cuentos de La Fontaine; en cambio, he encontrado otras de análogo argumento que han despertado en mí la más viva indignación. La causa es sencillísima: las primeras estaban escritas por autores de talento, y las otras trazadas al correr de la pluma por periodistas que trabajaban de encargo, tomando por base el vicio ó la virtud, según el gusto ó el deseo del consumidor. La falta mayor del *Gil Blas*, consiste en haber querido imitar á Boccaccio, á Brantôme y á La Fontaine sin poseer su ingenio; si hubiera tenido por redactores á estos tres escritores, los periódicos virtuosos habrían ido con piés de plomo para denunciarlo á la justi-

cia; porque, de no hacerlo así, hubieran llevado á los tribunales toda la representación de una época literaria. Nunca hemos visto que con tal apasionamiento se injuriara á *La Vie Parisienne*, y esto se debe precisamente á la galanura y el gracejo que este periódico empleaba en la redacción de sus picantes historias. Tan importante es la cuestión de forma, que los cuentos de aquel género, sin chispa y sin finura, no pasan de ser asquerosos é inadmisibles.

Examinemos ahora el asunto bajo el punto de vista especulativo. Me ha llamado la atención que periódicos que se enriquecen acariciando los apetitos menos nobles y más peligrosos del público, impulsados por la indignación, ataquen violentamente á un colega que quiere lucrar halagando los maliciosos instintos de la muchedumbre; pero no es mi intención emprender la defensa del *Gil Blas*, cuyo negocio no vacilo en calificar de bastante sucio, con tanta más razón, cuanto que, por cada cuento agradable que publica, da á luz veinte de lo más indecoroso. Sólo trato de demostrar que el referido periódico no causa á la sociedad más perjuicios con sus historietas

que otros diarios políticos y económicos con las catástrofes de sangre y de dinero que preparan. Insisto sobre este punto, porque en él se encierra la verdad absoluta. Dícese en todos los tonos que los cuentos libres deben estar ocultos en los volúmenes y no circular en las hojas volantes. En primer término, la hoja desaparece y el libro no; además, muchas cosas hay que estarían mejor en los libros que en los periódicos, como son, por ejemplo, las enfáticas manifestaciones de partido que tanto dañan á la nación, y los disparates y villanías que deshonran á la prensa, cuya gran misión consiste en ser el más poderoso instrumento de información universal, pues tal es su verdadero objetivo, causando pena á cuantos lo reconocen el ver sus errores y desaciertos. ¡ Cuánta fuerza gastada inútilmente! Se arroja á la literatura de la prensa, y de diez años á esta parte se aburre al público dándole política á todo pasto, ¿ qué extraño, pues, que el público se divierta leyendo las chanzonetas del *Gil Blas*? El impulso que ha tomado el género libre se atribuye al naturalismo; de esto nos ocuparemos más adelante, porque, á mi entender, la verdadera

causa de este impulso ha sido sencillamente el profundo aburrimiento de los lectores, que, cansados de agitarse siempre en el estrecho círculo de la polémica de partido, sienten la irresistible necesidad de rejuvenecerse, de reír y despertar el buen humor. Si se continúa, aunque sea por poco tiempo, imponiendo á la Francia la lectura cotidiana de querellas y ambiciones, de fraseología parlamentaria y de artículos pesados y mal escritos, de todo eso, en fin, que ha causado la indigestión de política que el público padece, el mejor día veremos que hombres y mujeres, abrumados de aburrimiento, se lanzarán á la calle, y asidos de las manos se pondrán á bailar, resueltos á divertirse de cualquier modo.

Estudiemos ahora la obscenidad en la literatura; frase muy vaga y que es necesario definir, porque no hay nada más variado en la forma y en el fondo que las obras que, en conjunto y sin hacer excepciones, se califican de obscenas. Críticos hay dotados de tal penetración, que no han vacilado en declararme padre verdadero del *Gil Blas*, afirmando que éste ha nacido de las crudezas de *Nana* y de *L'Assommoir*. He aquí un ejemplo patente de

la confusión que reina en materia literaria. Suprímase á Boccacio, Brantôme y Pirron, y nadie dudará un segundo que mis obras, por desnudas que aparezcan, provengan del anfiteatro y no de la alcoba galante. Hay que remontarse á los orígenes para aclarar las dudas, y para ello es necesario analizar las obras; tratemos, pues, de clasificarlas lógicamente. El cuento picante, como ya he dicho, es fruto que brotó en nuestro suelo antes que Italia aquilatara el género. Vimosle ya en la infancia de nuestra literatura, y su carácter, entonces, era la rudeza alegre y bonachona, con sus frases crudas y la enormidad de sus chistes. Leyendo aquellas obras, parece que llega á nuestros oídos la franca carcajada de un público que se divertía á poca costa. Las damas de aquella época refan de buena fe escuchando historias de color tan subido, que hoy no nos atreveríamos á contarlas entre hombres. Después de las anécdotas que Brantôme presenta con tan ingenua tranquilidad, en medio de su desnudez, emprende La Fontaine sus saladas historietas, chispeantes de gracejo y de malicia. A partir de entonces, desaparecen las crudezas de lenguaje, la in-

tención de la frase aguza la malicia, y el siglo de Luis XIV cubre con una punta de su purpúreo manto la cintura de Príapo. En el fondo de todo movimiento literario hay siempre una evolución social. Así se vió en el siglo XVIII, cuando el género literario de que tratamos se transformó, ocupando una posición amplia y decisiva. No puedo escribir la historia completa de esta literatura; pero dicha historia, que sería de gran utilidad, algún crítico joven debería emprenderla para destruir las acusaciones de inmoralidad lanzadas contra el naturalismo, y mostrar la gran distancia que separa á los escritores que cultivan el género picante inspirándose en la fantasía, de los que nos inspiramos en la ciencia.

El género picante, es decir, el cuento ó la novela que la crítica califica de obscenos, es filón que se ha explotado en todas las épocas, sin más modificaciones que las que han introducido las costumbres sociales. Excesivamente libre durante los siglos XV, XVI y XVII, y desbordándose hasta el ensañamiento en el siglo XVIII, es innegable que ha dado á nuestra lengua algunas obras de arte, en medio de muchas mediocridades y de muchas porque-

rías que hoy yacen en el olvido. Al principio, la poca variedad de los argumentos no hacía honor á la fertilidad de imaginación de sus autores: maridos engañados, mujeres de fuego, y siempre semejanza en las escenas. Después, por más que el género se aquilata, no adquiere mayor amplitud, y constantemente nos ofrece las mismas anécdotas de almanaque: hay que llegar al siglo XVIII para ver el desarrollo en los cuadros de costumbres. Insisto sobre este punto, porque se trata de un género aparte, que por derecho propio ocupa un lugar en nuestra historia literaria, y no podemos confundirlo con otro alguno si hemos de hacer justicia. Este género ofrece los caracteres del cuento, y su fin no es la investigación de una verdad; no trata de observar ni de pintar; su objeto es simplemente divertir, y, por tanto, no es más que un pasatiempo, una recreación que se hace más sabrosa porque deja entrever el fruto prohibido. Presentado hábilmente, es un manjar delicado, que puede vedarse á las señoritas, pero que siempre es un regalo para las gentes de letras. Si se presenta sin talento, sin ingenuidad, sin malicia y sin la galanura del buen estilo, entonces no pasa

de ser una sucia libertad digna del deprecio de los lectores. Este es el caso del *Gil Blas*, no me cansaré de repetirlo: agradable cuando publica la chispeante prosa de un periodista de ingenio; indecoroso cuando da á luz una historieta de encargo, mal plagiada de Boccaccio ó de Brantôme, y escrita al correr de la pluma por un emborronador de cuartillas.

Esta especulación ha existido, si no en todos los tiempos, al menos desde el siglo XVIII. Supongo que nadie acusará á Brantôme de haber especulado con la malicia de su época; este escritor narraba ingenuamente hechos que todo el mundo leía sin ruborizarse, y no sabemos que haya impreso en Bélgica sus obras para venderlas luego clandestinamente. La Fontaine, dotado de buen gusto literario, escribía sus cuentos por el solo placer de hacerle, y sin la menor intención de halagar los instintos de sus contemporáneos ni de lucrarse con el vicio. Podemos llegar hasta Pirron mismo, de quien la crítica menuda ha hecho el prototipo del autor obscuro. Por las venas de Pirron circulaba la sangre galaica de los antiguos escritores, y tenía el genio abierto del borgoñón que no desprecia el vino ni las

hijas de Eva; pero sus obras eran producto de su temperamento, y no del cálculo frío que se dedica á fabricar obscenidades clandestinas. Es cierto, y no podemos dejar de reconocerlo así, que al lado de autores de valía, que escribieron obedeciendo al impulso de su temperamento, brotaron al fin los especuladores, sobre todo cuando en nuestra sociedad, de día en día civilizada, empezó á dominar la hipocresía. Siempre acontece lo propio: desde el momento en que los atrevimientos demasiado licenciosos empezaron á despertar el rubor, se les ocultó en la sombra y fueron objeto de tráfico, adquirieron colores más vivos y excitantes, y se leyeron á hurtadillas con el placer del pecado. Desde entonces volvimos á la tosquedad del siglo xv, fuimos más allá todavía, y vimos usar sin reparo alguno las crudas palabras que sólo Rabelais se ha permitido. Puesto que semejantes obras se leían á escondidas y no estaban destinadas á la libre circulación, sus autores se expresaron en ellas como lo hubieran hecho entre las misteriosas sombras de una alcoba. A partir de esta época, Bélgica se vió inundada de libros de esa índole, y allí y aquí se esta-

bleció un vasto comercio de volúmenes obscenos. Tal es la verdadera epidemia, la única literatura obscena que es necesario combatir y condenar, aunque en realidad es más necia que peligrosa; porque, lejos de pervertir, provoca el asco del lector y sólo halaga la enfermiza perversión de los viciosos. Mas yo creo que en una sociedad educada como la nuestra, cuya hipocresía se apoya en las conveniencias, es desgraciadamente una úlcera tan difícil de curar como la prostitución misma.

Solamente al libro infame de que hemos hablado le está prohibida la libre circulación; pero hay otros de género parecido, escritos con más cautela, y en los cuales se evitan las crudezas de lenguaje. Estos son, á mi entender, los más peligrosos. Tales obras presentan el vicio velado con ligera gasa, que lo hace aparecer más seductor; excitan la fantasía para que forje quimeras que despierten la necesidad inmediata de conocerlo todo, y con sus mentiras amorosas trastornan el corazón y la cabeza. Semejantes libros, lo repito, son más peligrosos que aquellos declaradamente obscenos, que cuestan muy caros y son

difíciles de adquirir. Los primeros pueden seducir; los segundos solo producen asco. De aquéllos hay una verdadera invasión; ora encontramos la biografía de la mujer galante, ó la historia de amor que en una bonita cubierta de color de rosa ostenta una fotografía exageradamente escotada, ora la perfumada novela donde las damas se conducen como meretrices; pero siempre vemos en unos y otros la tendencia á idealizar el libertinaje, presentándolo provocador y omnipotente en medio de la apoteosis del placer y del lujo. Los autores de tales obras son los únicos especuladores de la obscenidad moderna; viven coronando el vicio de flores, y lucran con la hipocresía de nuestros tiempos. Bien se agiten en ésta ó en aquélla esfera, ya escriban las aventuras de Rigolboche ó los amores de una gran dama, basta que sus mentiras idealicen el vicio, en vez de estigmatizarlo como hace el naturalista, para que sus producciones estén envenenadas y caigan al fango de la inmoralidad eterna.

En el siglo XVIII, el cuento picante ensanchó su campo de acción, tendiendo á convertirse en novela de costumbres, malas, si se

quiere, pero no exentas de análisis y observación. No pudiendo estudiar esta evolución que, como todas, responde á un movimiento social, me limito á señalarla. Si examináramos las obras de Crévillon, hijo, de Laclos, de Louret y de otros autores, veríamos que la literatura galante obscena, como se dice brutalmente hoy, tiene sus raíces en la sociedad de la época á que pertenece, que de ella procede y al mismo tiempo la marca el derrotero. Los hermanos de Goncourt han iniciado este estudio en su interesante y original obra *L'Amour au dix-huitième siècle*, aunque bajo diferente punto de vista. En este libro presentan las lentas modificaciones que en virtud del tiempo y de los acontecimientos van sufriendo las ideas para llegar á la evolución social que determina una época literaria. Voy á permitirme copiar de él una página entera, porque la creo adaptable al caso y podrá facilitarme la tarea de poner en plena luz la figura del terrible marqués de Sade, de quien tanto abusa nuestra crítica contemporánea.

«¿A dónde debía ir á parar—dicen los hermanos de Goncourt—aquella maldad en el amor, cuya desvergüenza é insaciables ape-

» titos hemos intentado bosquejar? ¿Podía de-
 » tenerse sin haber llegado al colmo de los
 » excesos? No; una lógica inexorable arrastra
 » las malas pasiones, hasta que al fin se extre-
 » man estallando en medio del horror. Esta
 » lógica tenía reservado un coronamiento
 » monstruoso á la voluptuosa maldad del si-
 » glo XVIII. Los hábitos de crueldad moral
 » estaban demasiado arraigados entonces para
 » que este mal no acabase por invadir tam-
 » bién los sentidos; se había jugado tanto con
 » el sufrimiento moral de la mujer, que no
 » era extraño se dejara sentir la tentación de
 » hacerla sufrir de modo más seguro y más
 » visible. ¿Por qué no intentar el martirio de
 » su cuerpo después de haberla atormentado
 » el alma? ¿Por qué no buscar, haciendo co-
 » rrer su sangre, los placeres que antes nos
 » trajo el hacer correr sus lágrimas? He aquí
 » la doctrina naciente que se formaba, y hacia
 » la cual, sin saberlo se encaminó el siglo;
 » doctrina que, en el fondo, no era más que
 » la materialización de sus apetitos. ¿No era
 » inevitable que se dijese la última palabra,
 » que el eretismo de la ferocidad se asentára
 » como un principio, como una revelación?

» ¿No era consecuencia necesaria que al fin
 » de aquella decadencia refinada y galante,
 » después de aquellas tendencias á someter la
 » mujer al suplicio, apareciera, entre la san-
 » gre de la guillotina, un marqués de Sade,
 » que implantara en el amor el período del
 » Terror?»

He aquí una explicación histórica de lo que
 fué el marqués de Sade, cuya figura aparece
 como la consecuencia ineludible de una lenta
 evolución. Mas no basta esto; para compren-
 derlo es necesario demostrar claramente que
 era el Marqués un católico renegado, un hijo
 de la Iglesia rebelado contra su madre. En sus
 orgías, insultaba á Dios con un desborda-
 miento de torpezas, mas lo insultaba como el
 hombre cuyo ateísmo no es profundo: esto es,
 no como aquel que siente el indiferentismo
 científico; sino amontonando rabiosamente in-
 famia sobre infamia, para acallar la idea de
 Dios que no podía desterrar de su conciencia.
 No dejaba de creer en el diablo, y esto indu-
 dablemente le causaba un miedo atroz, porque
 un cerebro como el suyo debía concebir á me-
 nudo la imagen del infierno. Son buena prueba
 de ello los monstruosos amores y los horribles

suplicios que inventaba para hacer más intensa la voluptuosidad, amores y suplicios que recuerdan la pintura que se nos hace del infierno católico. Su imaginación satánica y su gozo en medio del dolor, caracterizan perfectamente la sombría locura que inspiró al hombre que sabía pintar la bestia humana entregada á sí misma en plena brama de la carne. Yo creo, que salió lógicamente del catolicismo; y apareciendo cuando agonizaba el siglo XVIII, después de las negaciones de los filósofos, representó el papel de Satanás triunfante; del lúbrico y monstruoso Satán de la Edad Media, que destripaba á las mujeres á horquillazos, y pulverizaba á los niños con una caricia; que predicaba el homicidio y el incesto, y soñaba con la desorganización y el fin del mundo. La relajación de un país preparó su aparición en los tenebrosos momentos en que la moderna ciencia no había aún reconstruido nada sobre las ruinas de una religión y de un reino; de aquí la mortífera orgía que aniquilaba el mundo con la decisiva victoria de Satán. Esta orgía era el catolicismo invertido, con Satanás en lugar de Dios; el infierno en lugar del cielo, y las calderas, los garfios y las llamas, en lugar

de la música de los serafines y de la tranquila eternidad de los bienaventurados. Sólo un creyente pudo imaginar tales horrores, que son el frenético delirio del hombre, que más por odio que por haber dejado de creer en su Dios, va á ofrecer sacrificios al diablo.

Tal fué verdaderamente el marqués de Sade. La historia de las religiones y de los centenares de sectas que en el mundo ha habido nos ofrecen ejemplos de todas las crueldades y de todas las aberraciones imaginables. Cuando una creencia no diviniza la carne, se complace en torturarla, y los apetitos dan origen á infinitas monstruosidades.

Citaré un escritor contemporáneo, M. Barbey d'Aurevilly, cuyo ejemplo me servirá de última prueba; pero antes, debo declarar que no es mi intención acusarle de seguir las huellas del citado Marqués, sino simplemente establecer una comparación, hecha, por supuesto, con todo género de reservas; porque es indudable que M. Barbey d'Aurevilly es el único escritor que lógicamente puede compararse con el marqués de Sade.

En M. Barbey hallamos el creyente atormentado por la idea del demonio, y que á ve-

ces se deja arrastrar por la satánica rebelión; cree que el mal es innato, disciplina la carne, y está, por lo tanto, muy cerca de saborear las delicias del dolor. Tales caracteres, los hallamos en todas las obras ultrarománticas de M. Barbey d'Aureilly, y más especialmente en su colección de novelas *Les Diaboliques*, que los tribunales le indicaron que retirase de la circulación. En estas obras, la influencia del marqués de Sade se deja sentir hasta el extremo que hay pasajes que parecen suyos; por ejemplo, aquel en que el marido engañado sella á su mujer con el pomo del puñal y lacre derretido. Si citara más ejemplos, siempre hablaríamos en ellos, por lo menos, bastante parecido entre uno y otro autor; y esto se debe á que ambos se inspiran en la misma filosofía. M. Barbey d'Aureilly nos presenta el católico exasperado que, parece aceptar la idea de Dios, por el solo placer de creer en el demonio. El título lo dice: *Les Diaboliques*; esto es, criaturas fatalmente malditas, que han nacido para la maldad y el crimen, y que se deleitan en lo monstruoso: seres que aman en medio de la sangre, acrecen sus placeres llevando la crueldad hasta el refinamiento, y fundan su

triunfo en la desorganización completa y en el hundimiento de cuanto existe.

Los personajes del marqués de Sade, son del mismo género; seres diabólicos que llevan la revelación del mal, y que se gozan escupiendo y pisoteando las leyes divinas y humanas. Hay, empero, cierta diferencia entre el marqués de Sade y M. Barbey d'Aureilly; el primero, llevando hasta el extremo el desorden de sus creencias, pintó la obscuridad y la demencia de los apetitos en un lenguaje crudo é innoble; el segundo, como católico, no ha dejado entera libertad al monstruo, y aunque ha pintado caprichos más ó menos satánicos, lo ha hecho como el artista que se cuida de la originalidad de la forma. He aquí la diferencia que existe entre uno y otro escritor.

En el breve estudio que hemos hecho de la historia de la literatura picante, hemos visto que este género literario nació con los cuentos de nuestros abuelos, se pulimentó durante el siglo xvii, y tomó mayor amplitud en el siglo xviii, convirtiéndose en la expresión genuina de la sociedad de aquel tiempo. Hemos visto también cómo fué objeto de asqueroso lucro, y cómo llegó á caer en el lodazal san-

griente del marqués de Sade, por consecuencia necesaria de una evolución que marchaba paralela á la de nuestra sociedad.

Veamos ahora si, como la prensa no se cansa de repetir diariamente, las obras naturalistas de hoy tienen algún punto de contacto con aquel género literario; así podremos juzgar si son morales ó no lo son.

III

Los escritores naturalistas no damos á nuestros trabajos el aspecto alegre y picaresco que, á los ojos de nuestros padres, constituía el encanto del cuento. Por el contrario, se nos acusa — y no carecen de razón los que tal hacen — de faltos de chispa y de gracejo. Nuestros estudios son sombríos y serios, y su superficie no puede estar cubierta de flores. En otros géneros literarios, ó, mejor dicho, en otra época, el adulterio, por ejemplo, se presentaba

por el lado cómico, y la intriga de una mujer, ó el gesto cómico de un marido burlado, ponían fin á la escena. Si esto llegaba á lo dramático, el autor precipitaba el desenlace de la obra con un hecho cualquiera. Nosotros, en idéntico caso, llegamos inmediatamente á lo trágico, porque presentamos la escena por el lado real, y pasando por alto el gesto y la sonrisa, vamos derechos al fondo, y escudriñamos el corazón, para poner de manifiesto las miserias de la humanidad. En semejante tarea, la chispa y el gracejo están de sobra, porque la comedia se convierte en drama, y el autor en un anatomista que no puede ocuparse en jugar del vocablo. En una palabra: la novela naturalista, sean cuales fueren sus audacias de lenguaje, no puede ser picaresca; será dura y terrible, si se quiere, pero carecerá siempre de la jovialidad y la galante fantasía de la historieta picante, cuya forma no pasa de ser un juego de palabras más ó menos delicado y chispeante, empleado á propósito de un asunto escabroso.

Dejemos, pues, á un lado á Brantôme, á Boccaccio y á La Fontaine, cuyas fórmulas literarias nada tienen de común con la nues-